

Por esa época empezó también a prodigarse como cantante en festivales de aficionados, benéficos y programas de radio. En una actuación en el Instituto Nacional de Música, donde canta un *tanguinho brejeiro* titulado *Mama, yo quiero un novio*, conoce al compositor Josué de Barrios, que se convierte en su mentor musical. Al poco la presenta a la discográfica Víctor, donde graba *Dona Balbina*. Pero el éxito le sorprende, en 1929, cuando saca dos discos; uno de ellos con el tema que le llevará a la fama: *Taiá (Para Você Gostar de Mim)*. Su carrera se va afianzando. Actúa en múltiples teatros de Brasil y se presenta, incluso, con Francisco Alves y Mário Reis en Buenos Aires, donde obtiene un triunfo sonado.

Pronto recibe ofertas para aparecer en el cine, a las que se resiste por temor a no dar bien ante la cámara. Su hermana Aurora –con la que formaba dúo– le convence y empieza a figurar en los elencos, nunca como estrella principal, sino actuando en números sueltos que, a la larga, se convierten en la parte del filme más esperada por el público. Sus apariciones dejan de ser de relleno, y lo que sucede es que se construyen argumentos –en un proceso de carácter inverso– alrededor de sus actuaciones.

En Brasil interviene en cinco películas. En 1939, Dorival Caymmí le hace cantar *O Que é Que a Baiana Tem*, una canción cuya letra describe la vestimenta de una bahiana. La Miranda estiliza el vestido y lo convierte en su distintivo más señero. Carmen Miranda encuentra así su marca de fábrica. En el mismo año, el famoso empresario americano Lee Schubert se la lleva a Nueva York, para actuar en Broadway, en el musical *Streets of Paris*. Cuenta su hermana Aurora: «Allí, como la gente no entendía las letras de las sambas que cantaba, tuvo que aderezar su actuación usando más ritmo, más complementos. Así nacieron los zapatos-plataforma, los turbantes, los alucinantes movimientos de sus manos, los collares, las pulseras que ella popularizó. Tendría que haber cobrado derechos por todas las cosas que hizo populares. Como no lo hizo, otras personas acabaron explotando el negocio».

Esa fue una de las características de su carrera. Dedicada a cantar y bailar, pese a los altos honorarios que llegó a percibir, tuvo muy poco sentido comercial y se vió engañada a menudo por una cohorte de sinvergüenzas que pululaban a su alrededor.

En poco tiempo, se convirtió en una estrella de Broadway. En 1941 actuó en *Sons o' Fun*, una revista en la que aparecen dos jóvenes bailarines españoles: Rosario y Antonio. Al teatro acude la *jet-set* neoyorquina y es aplaudida por el todo Hollywood: Greta Garbo, Errol Flynn, Frederick March, Norma Shearer, Mickey Rooney, Robert Taylor, Barbara Stanwick, Dorothy Lamour, David Niven, Edward G. Robinson y muchos otros.

Pronto, la productora Fox se interesa por ella. Pero Lee Schubert –que le había hecho firmar un contrato en exclusiva– se resiste en liberarla, hasta que los de Hollywood pagan 100.000 dólares para que el contrato se rescinda. Schubert hace, así, el negocio de su vida al tiempo que la estrella queda en posición de reclamar *cachets* verdaderamente astronómicos para la época.

Pero su éxito en Estado Unidos despierta envidias y celos en Brasil, donde se le acusa de haberse americanizado. Detrás de esa actitud latía el hecho de que en Brasil no gustaba la imagen mujer latina exagerada que daba Carmen Miranda, explotando un exotismo en el que nadie, en sus sensatos cabales, podía reconocerse. Pero eso era lo que Hollywood demandaba y, encima, pagaba con creces. No hay más que recordar las payasadas musicales de alguien tan bien dotado como Xavier Cugat para –a mayor abundamiento– confirmar por dónde iban los tiros del mercado cinematográfico.

Estas acusaciones dolieron mucho a la artista. En uno de sus esporádicos viajes a Brasil lanza una canción (de Vicente Paira y Luiz Peixoto), de título bien revelador –*E disseram que eu voltei americanizada*– en la que, desde la ingenuidad que le era propia, se defiende de las acusaciones con argumentos tan endebles como comprensibles –por sentimentales y fáciles– para su público local:

*E disseram que eu voltei americanizada
com o “burro” do dinheiro, que eu estou muito rica
que não suporto mais o breque de um pandeiro
e fico arrepiada ouvindo uma cuica.
Disseram que com as mãos estou preocupada
E corre por ai, que eu sei, certo zum-zum
que ja não tenho molho, ritmo, nem nada,
e dos balangandês já nem existe nenhum.
Mas pra cima de mim, p’ra que tanto veneno?
Eu posso lá ficar americanizada?!
Eu que nasci com samba e vivo no sereno
tapando a noite inteira a velha batucada.
Nas rodas de malandro, minhas preferidas
eu digo é mesmo “eu te amo” e nunca “I love you”.
Enquanto houver Brasil... na hora das comidas
eu sou do camarão emsopadinho com chuchu!*